

Cpo. 8/8 - Medida 15

PANCHO FIERRO, ACUARELISTA PERUANO.

1150 1
Para Panoramias (2)

En las diversas manifestaciones artísticas de los pueblos americanos prima, indudablemente, el influjo europeo, y de manera principal el español, por claros motivos que pueden llamarse herencia, escuela o imitación. El arte ancestral indígena es, hasta cierto punto, un hallazgo del siglo XX, no porque en los precedentes faltaran investigadores de muy alta calidad, sino porque su labor quedaba restringida al estrecho círculo de especialistas y aficionados. Hoy ese círculo se ha ensanchado, y la creciente inquietud espiritual, en busca de nuevos caminos, se aventura por aquellos que, de puro viejos y remotos, le resultan nuevos y dese conocidos. De las tumbas de los antiguos peruanos, las huacas milenarias, extraen los arqueólogos raros objetos que les sirven de ~~guías~~ guías o señales en el intrincado laberinto de su obra científica, y la imaginación del poeta o del pintor vé en las momias fajadas, en las telas de complicado dibujo y armónicos matices, en los huacos o vasijas de originales formas y labores, irradiaciones de una ignota sensibilidad que puede reflejarse en lo porvenir.

Pero la ~~recuperación~~ ^{recuperación} de aquel pasado no es, hasta ahora sino eso: posibilidad. Lo que hay ya de realización en el arte nacional peruano, de incorporación a la cultura moderna, nace de la civilización occidental, del rico acervo español.

Concretándonos a la pintura en la época republicana, vemos en sus más destacados cultivadores, ~~en~~ en los más personales y señeros, la indispensable influencia del arte europeo. La brillante paleta de Merino, su entonación segura y su limpio colorido hacen pensar en los maestros italianos; Lazó, el primer pintor nacionalista, deja sospechar en algunos de sus cuadros, especialmente en su bella Santa Rosa de Lima, alargada y pálida, con ojos ojerosos de visionaria, la influencia del Greco; Teófilo Castillo, dueño de los efectos del color, recuerda a Fortuny; Daniel Hernández, cuyo entusiasmo artístico, análogo al de Muñoz Degraín, no vio en la vejez obstáculo para la evolución, supo unir a la elegancia de Watteau el vigor de la herencia española, y en un mulato humilde, indocto y pobre, Pancho Fierro, se encuentran lejanas, pero evidentes reminiscencias de Goya, el más grande de los pintores modernos.

Poco, muy poco se sabe del acuarelista limeño, nacido en 1803 y muerto a la edad de setenta y seis años; esas noticias, a pesar de su escasez, permiten asegurar que tales semejanzas, que sorprenden a quién mira las láminas de Pancho Fierro, no obedecen al estudio de las producciones de Goya. El modesto artista limeño jamás fué a Europa; tampoco pudo tener en su época, como habría sucedido en la actual, frecuentes ocasiones de conocer detenidamente, en libros y revistas, copia de las obras del sordo glorioso y de vislumbrar su personalidad y su estilo a través de críticas y biografías. Somero, incompleto estudio sería éste, indudablemente; muy superior, sin embargo, al ^{único} que acaso logró y que debió limitarse a la contemplación casual de reproducciones de algunos caprichos y aguasfuertes.

Fué, pues, un asombroso caso de intuición artística, ayudado por la atmósfera del medio en que actuó, el de este pintor criollo, ayuno de recursos técnicos, incorrecto en el dibujo, pero seguro en el manejo del color y con el don innato de comunicar a sus figuras movimiento y verdad. Porque las figuras de Pancho Fierro se agitan y viven; son algunas pomposas y solemnes, como aquellos graves señores que asistían a la ceremonia anual de El paseo de alcaldes, presidida por el alférez real; otras, retrecheras y garbosas como las mulatas que llevan en las procesiones bandejas colmadas ^{de} florida mixtura o en los saraos señoriles sirven refrescos y dulces a los invitados de sus amos; hay apuestos ginetes de poncho y jipijapa que se dirijen a la chacra, cabalgando en su caballo criollo y braceador; diestras Amazonas que regresan de Amancaes, como lo demuestran las amarillas flores que dan su nombre al cerro donde brotan al riego de las garúas otoñales; toreros airoso lidiando a la res brava; vendedores del sinnúmero de viandas y golosinas limeñas; indios melancólicos que pagan al cura un responso por el alma de sus finaditos o se engalanan con plumas de mil colores en la danza de pallas; militares caducos que guerrearon por la Independencia; frailes y legos que en crecida cantidad discurren por claustros y calles; parejas que bailan la zamacueca con pica-

CO-AP 2

CAJ. 4

DOC. 6

FOL. 2

día contenida o desenvuelta, según su condición; tipos popularizados por su importancia, su candidez o su bellaquería; y, salado compendio de un hechizo legendario, la tapada de saya y manto, encaminándose contrita a la iglesia, o coqueteando con apuestos galanes de capa forrada en grana. Una tarde en la Alameda, con la gracia de un lejano reflejo, de una imitación ingenua de aquella maravilla goyesca llamada La maja y los embozados.

En los setenta y seis años de su existencia cupo a Pancho Fierro la suerte de presenciar importantes sucesos de nuestra historia: vió la decadencia y la extinción del fausto virreinal, las épicas luchas de la Independencia y el nacimiento de la República, los tanteos, desviaciones e inquietudes de la nacionalidad en formación, su avance económico y social, iniciado en el gobierno del mariscal Castilla y que alcanzó sus más brillantes momentos en los de Balta y Manuel Pardo. En julio de 1879, a los pocos meses de la declaratoria de guerra por Chile, falleció el artista espontáneo e ingenioso, en cuyas láminas perduran típicos aspectos de la Lima tradicional. La muerte piadosa con el costumbrista risueño, en quien alentó algo del humorismo de los caprichos y de las aguas fuertes, pero no la grandeza trágica de Los fusilamientos, lo libró de presenciar el desastre de la patria, el duelo de su ciudad gentil.

ANGÉLICA PALM